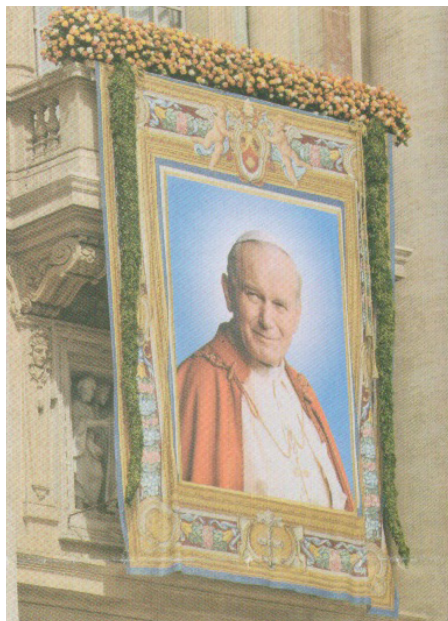


LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA
**BEATIFICACIÓN DEL SIERVO DE DIOS,
PAPA JUAN PABLO II**

1º De mayo de 2011. II domingo de Pascua, o de la Divina Misericordia. En la Plaza San Pedro Su Santidad Benedicto XVI preside el solemne rito de beatificación del Siervo de Dios Juan Pablo II, Karol Wojtyła (1978-2005). En la homilía, dirigiendo la palabra a los miles de fieles que asisten al sagrado rito, el sumo Pontífice ha dicho, entre otras cosas: «Hace ya seis años nos encontrábamos en esta Plaza para celebrar los funerales del Papa Juan Pablo II (...) Ya en aquel día oíamos la aclamación de su santidad, y el Pueblo de Dios ha manifestado de muchos modos su veneración por él (...).

Este domingo es el segundo de Pascua, que el Beato Juan Pablo II ha llamado de la Divina Misericordia. Por esto ha sido elegida esta fecha para la celebración del día de hoy, pues por providencial designio, mi predecesor entregó su espíritu a Dios la misma tarde de la vigilia de esta fiesta. Hoy, además, es el primer día del mes de María, y es a su vez la memoria de san José Obrero. Estos elementos concurren para enriquecer nuestra plegaria, nos ayudan a nosotros que somos todavía peregrinos en el tiempo y el espacio; entretanto, en el ciclo, íbien distinta es la fiesta entre los Ángeles y Santos!

Hoy ha sido proclamado Beato un Papa, un sucesor de Pe-



dro, llamado a confirmar a los hermanos en la fe. Juan Pablo II es Beato por su fe, fuerte y generosa, apostólica (...) La felicidad eterna de Juan Pablo II, que hoy la Iglesia tiene la alegría de proclamar, se encuentra toda en estas palabras de Cristo: «feliz de ti, Simón, porque has creído» y «felices aquellos que no han visto y han creído». Es la bienaventuranza de la fe, que también Juan Pablo II ha recibido como don de Dios Padre para la edificación de la Iglesia de Cristo.

(...) Esta bienaventuranza tiene también su modelo en María, y todos estamos felices de que la beatificación de Juan Pablo II sea en el primer día del mes mariano, bajo la maternal mirada de Aquella que con su fe mantiene la fe de los Apóstoles, y continuamente sostiene la fe de sus sucesores, especialmente de aquellos que son llamados a sentarse sobre la Cátedra de Pedro (...).

Queridos hermanos y Hermanas, hoy resplandece ante nuestros ojos, a la plena luz espiritual de Cristo Resucitado, la figura amada y venerada de Juan Pablo II. Hoy su nombre se une a la multitud de Santos y Beatos que él ha proclamado durante casi 27 años de pontificado, recordando con fuerza la vocación universal a la medida más alta de la vida cristiana, a la santidad, como afirma la constitución conciliar *Lumen Gentium* acerca de la Iglesia: «todos los miembros del Pueblo de Dios (...) estamos en camino hacia la Patria Celeste, donde nos ha precedido la Virgen María, asociada de modo perfecto al misterio de Cristo y de la Iglesia» (...) Esta visión teológica es aquella que el Beato Juan Pablo II ha descubierto desde joven y que luego ha conservado y profundizado durante toda su vida. Una visión que se retoma en la figura bíblica de Cristo en cruz junto a María, su Madre. (Jn 18,25-27). Y es retomada nuevamente en el escudo episcopal y luego papal de Karol Wojtyła: una cruz de oro, una «eme» abajo a la derecha, y el lema «*totus tuus*», que corresponde a la célebre expresión de S. Luis María Grignion de Montfort, en la cual Karol Wojtyła ha encontrado un principio fundamental para su vida: «*Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor tuum, Maria*» (Soy todo tuyo y tuyas todas mis cosas. Te tomo por todos mis bienes. Dame tu corazón, María). *Tratado de la Verdadera Devoción* n° 266.

En su testamento ha escrito el nuevo Beato: «cuando en el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales elegía a Juan Pablo II, el pri-

mado de Polonia, el Card. Wyszyński me dijo: la tarea del nuevo Papa será la de introducir a la Iglesia en el tercer milenio» (...) Por mi parte agradezco al Pastor eterno que me ha permitido trabajar por esta grandísima causa durante todos los años de mi Pontificado». Y ¿cuál es esta “causa”? Es la misma que Juan Pablo II ha enunciado en su primera misa solemne en la Plaza San Pedro, con las memorables palabras: “*ino tenzáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo!*”. Aquello que el nuevo Papa pedía a todos, él mismo lo ha hecho primero: ha abierto a Cristo la sociedad, la cultura, los sistemas políticos y económicos, invirtiendo con la fuerza de un gigante-fuerza que le venía de Dios- una tendencia que podía parecer irreversible.



Todavía más, en síntesis: nos ha vuelto a dar la fuerza de creer en Cristo, porque Cristo es el *Redemptor Hominis*, el Redentor del Hombre: el tema de su primera encíclica e hilo conductor de todas las demás.

(...) Su mensaje ha sido este: el hombre es el camino de la Iglesia, y Cristo es la vía del hombre”. Con este mensaje, que es la gran herencia del Concilio Vaticano II, el Papa Juan Pablo II ha guiado al Pueblo de Dios a cruzar el umbral del Tercer Milenio, que por gracia de Cristo él ha llamado “*umbral de la esperanza*”. Sí, a través del largo camino de preparación para

el Gran Jubileo el ha dado al cristianismo una renovada orientación para el futuro, futuro de Dios, trascendente respecto a la historia, pero que no obstante influye en la historia.

Quería en fin, dar gracias a Dios también por la personal experiencia que me ha concedido de colaborar de cerca con el Beato Juan Pablo II. Ya antes había tenido oportunidad de conocerlo y estimarlo, pero desde 1982, cuando me llamó a Roma, como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, he podido estar cerca de él durante 23 años, y venerar cada vez más su persona. Mi servicio ha sido sostenido por su profunda espiritualidad, por la riqueza de sus intuiciones. Su ejemplo de oración siempre me ha impresionado y edificado: él se sumergía en el encuentro con Dios, aún en medio de las múltiples ocupaciones de su ministerio. Y luego su testimonio en el sufrimiento: el Señor lo ha despojado poco a poco de todo, pero él ha permanecido siempre una “roca”, como Cristo lo ha querido. Su profunda humildad, enraizada en la íntima unión con Cristo, le ha permitido continuar dirigiendo la Iglesia y dar al mundo un mensaje todavía más elocuente, particularmente en el tiempo en que las fuerzas físicas le venían a menos. Así ha realizado de modo extraordinario la vocación de todo sacerdote y obispo: volverse uno, una sola cosa, con aquel Jesús que a diario recibe y ofrece en la Iglesia.

¡Feliz de ti, amado Papa Juan Pablo II, porque has creído! Continúa, te rogamos, sosteniendo desde el cielo, la fe del Pueblo de Dios. Tantas veces nos has bendecido en esta Plaza, hoy te rogamos: ¡Santo Padre, Bendícenos! Amén.

Traducción y adaptación por el Sem. Cristóbal Guerrero